

Fuck the Crown

Recibí por whatsapp una fotografía donde se vería una pancarta con ese slogan en un partido del Celtic en Inglaterra: **QUE SE JODA LA CORONA**. Con la ley mordaza en la mano en España les hubieran metido a todos en la cárcel. Como dice Simpson “cuánta ventaja nos llevan”.

Leo el artículo “**Comparaciones Reales**” de Ignacio Sánchez-Cuenca (EL PAÍS, 20.08.2022), donde el autor opina que el servilismo de los defensores de Juan Carlos I elogiando su papel en la Transición ha dejado un país dividido, por lo que nunca podrá ser celebrado como lo ha sido Isabel II. No cabe la comparación; ella sucedió a su padre antifascista, que substituyó a su hermano fascista al que pusieron en la calle con delicadeza. Cómo han olvidado que Juan Carlos fue criado a los pechos de Franco, su padre se apuntó a su ejército fascistas para luchar contra la democracia española, y su abuelo, condenado por traidor a España, financió con su dinero, el de los españoles, al ejército fascista. No cabe comparación

Cita un artículo comparativo entre Isabel II y Juan Carlos I, de Laurence Debray, al parecer apologeta de Juan Carlos donde dice que *“los británicos, a su juicio, forman una sociedad unida en torno a su reina, cuya muerte ha supuesto una inyección de cohesión y fraternidad, los españoles, divididos en bandos ideológicos, somos incapaces de valorar y celebrar conjuntamente a Juan Carlos I”*, lo estimo una alabanza a la capacidad de los españoles.

Que añada que *“el reinado de Isabel II palidece ante el de su homólogo español: la reina británica no tuvo que “forjar una democracia” ni parar un golpe de Estado”* produce risa. Todos recordamos las palabras finales de su discurso, siete horas después del golpe de Estado: **“ahora ya no me puedo volver atrás”** que algunos no olvidamos. Fue su confesión *-ex abundantia cordis loquitur os-* - de **lo mucho que había andado hacia delante**. Nos recordó Anasagasti en su blog contando las confidencias de Sabino Fernández Campos del 23-F. ¿También lo hemos olvidado?

Nada tenemos que agradecerle a un rey corrupto, defraudador de Hacienda, aunque legalizados y de mil y una otras aventuras financieras más adecuadamente ocultas. Todo lo que tiene de mérito se lo debe a Adolfo Suárez. Los errores de sus hijos son de sus hijos, pero como dice el autor la lista de “menudencias” familiares de Juan Carlos le tocan de cerca: *“la cuenta suiza, no nos olvidemos de muchos escándalos que han salido a la luz, como el caso Nóos; el uso de tarjetas, black por parte de toda la familia (incluidos los nietos) a cargo de las cuentas de un empresario mexicano de nombre novelesco, Allen Sanginés Krause; las comisiones millonarias de los jeques árabes; las misteriosas fundaciones Lucum y Zagatka; el pago de cantidades también millonarias a la actriz Bárbara Rey, quien estuvo chantajeando al jefe del Estado durante años; el acoso del CNI a Corinna Larsen; el fraude fiscal masivo, bien acreditado por los tribunales; la máquina de contar billetes que, según Corinna, Juan Carlos tenía en La Zarzuela; la condena de cárcel a su administrador privado, Manuel Prado y Colón de Carvajal, por una comisión de 2.000 millones de pesetas (unos 12 millones de euros de hace 30 años); las comisiones que todo indica que Juan Carlos I se llevaba por la importación de petróleo de los países árabes; el dinero que pidió al sah de Persia para financiar la UCD y que no llegó nunca al partido de Adolfo Suárez, etcétera, etcétera, etcétera. Con que solo la mitad de todo esto fuera verdad, sería suficiente para tumbar una trayectoria regia”*.

Creo, como el autor, que el pueblo español ha sido harto generoso con él y con su hijo, Fue un fraude su declaración de que renunciará a esa parte de la herencia; él sabe que tendría

que renunciar a todo, porque la ley prohíbe renunciar a una parte. La mitad de todo lo hecho bastaba para ponerlos a todos en la calle ¡por tercera vez! Claro que no toda la culpa ha sido suya; la mierda de este “sistema democrático” mantuvo a la misma mierda de élites políticas y mediáticas del franquismo; sus hijos le han apoyado, pero no servilmente, como dice el autor, sino porque les ofrecía una excelente coartada para ocultar sus desmanes.

Discrepo de su afirmación de que *“el principal baluarte del sentimiento monárquico lo forman los mayores de 60 años, es decir, las generaciones que vivieron el final del franquismo y la Transición”*. Pertenezco a esa generación y por eso rechazo esa afirmación, no dejando de ser cierta. En ese baluarte estamos todos los republicanos sinceros y leales que hay en España. En las izquierdas, medio corruptas, hay un difuso sentimiento republicano que si es mayor en el País Vasco y Cataluña no es porque sean republicanos sino por ser independentistas, conceptos que no pueden confundirse.

No es buena cosa que la jefatura del Estado parta un país en varios trozos. Ni eso hace. El capitalismo le apoya porque es su alibí para la explotación del trabajador al que su creciente pobreza y la pérdida de todos los derechos le tiene tan angustiado que ni se plantea el régimen político, porque le han convencido que todos son igual de corruptos.

Es necesario un movimiento republicano que mire al futuro y deje de hablar del golpe de Estado y el genocidio que siguió a aquel 17.07.1936. Un partido que se comprometa al reparto de la inmensa riqueza producida a lo largo de todos estos años con el que se ha quedado los capitalistas y los políticos corruptos. Que acabe con esa limosna de “solidaridad social” y de “Ingreso mínimo Vital”; un proyecto insultante: que la gente explotada acepte sobrevivir en ella. Ese no es el futuro al que tiene derecho un trabajador que produce riqueza. Es necesario pagar el salario que corresponde al coste de su trabajo, el de vivir decentemente. El que se cobra en Francia y en Alemania o en Holanda o en Finlandia. Ellos han alcanzado otro equilibrio subiendo salarios e impuestos adecuadamente. Esa solución ya es demasiado lenta.

Es imprescindible reducir la jornada laboral, como exige el desarrollo tecnológico. De 1900 a 1950 el desarrollo científico y tecnológico permitió reducir la jornada laboral al 50 %. De no haberse reducido el paro fuera del 50 %. Eso se ha hecho ahora. Trabajamos casi lo mismo que en 1950 cuando la mayoría de las familias ingresaba sólo un sueldo: ahora ingresan dos y no llegan a final de mes. El desarrollo científico y tecnológico permite reducir la jornada laboral un 20 %; con lo que el paro hubiera desaparecido; pero mientras se mantenga la misma jornada laboral, precisamente para los hijos del “baby boom” lo que se garantiza es un exceso que produce el paro.

Sólo la reducción de la oferta de trabajo, reduciendo la jornada laboral un 25 % ¡por lo menos!, volverá a poner las cosas en su sitio alcanzando el óptimo de equilibrio de acuerdo con las leyes de Smith. Pero de eso ni los sindicatos se han enterado.